

Infoética: el periodismo liberado de lo políticamente correcto

Gabriel Galdón López (2019)
Madrid: CEU Ediciones

Gabriel Galdón López, autor de este libro, tal vez no necesita presentación. A principios de la década de los años 80 inició los estudios de la documentación específicamente periodística en nuestro país y sentó las bases teórico-prácticas para su investigación, enseñanza y ejercicio. Y hace 25 años (1994) publicó la primera edición del libro *Desinformación. Método, aspectos y soluciones*, en el que realizaba una crítica de las raíces epistemológicas del periodismo moderno y señaló la necesidad de ahondar en la naturaleza y finalidad de esta actividad.

Ha pasado un cuarto de siglo. El Periodismo se encuentra perdido en una crisis de identidad, agudizada por problemas económicos serios, y solo se habla y escribe de la necesidad de encontrar modelos de negocios rentables. En este contexto, Galdón regresa con *Infoética*, una obra madura, cargada de razón y muy fundamentada en la reflexión. Es crítica, muy crítica, pero con una propuesta esperanzada. Vale la pena escuchar lo que nos dice. Es un hilo que nos puede ayudar a salir del laberinto.

El profesor Galdón, catedrático en la Universidad San Pablo-CEU, parte de la imagen —que es una realidad— de que el Periodismo es «una cuestión de miradas», y no todas son iguales, porque «no todas llevan las mismas consecuencias ni el ámbito del conocimiento, ni en el de

la actividad informativa ni en el de su repercusión en el hombre y en la sociedad» (p. 13).

La obra, que está dirigida al mundo académico y profesional en general, interesará de manera especial a aquellos que buscan una concepción humanista cristiana del Periodismo. Porque aquí la encontrarán.

El libro consta de tres partes. La Primera la titula «Las miradas miopes y oscuras: desinformación y manipulación». En ella se ocupa de la crítica «ingrata» pero «necesaria» del Periodismo hegemónico desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad, que está dominado por la «mirada positivista» de la realidad. A esta tarea crítica dedica los 4 primeros capítulos, de 9, que ocupan 150 de las 332 páginas totales del libro.

El capítulo 1 (Una mirada artificial y falaz, pp. 19-47) describe la «mirada positivista», explica en qué consiste, aborda desde cuándo y cómo ha impregnado el Periodismo que denomina objetivista, sinónimo de positivista, y cuáles son sus principales falacias y errores. Este Periodismo produce una mirada artificial y falaz de la realidad, y «al fin y a la postre consagra al informador como un mero transmisor, que puede ser manipulado por la fuente y por la empresa, y que, por no pensar por sí mismo, se conduce gregariamente» (p. 47). Puede ser manipulado por la fuente... o sustituido por un robot, se podría añadir.

El capítulo 2 (Una mirada desinformativa, pp. 49-71) expone las características desinformativas del Periodismo realizado bajo la mirada objetivista. De menos a más: primero, superficialidad, parcialidad y artificiosidad informativas; después, la omisión de lo esencial y otras omisiones

que reflejan «el fracaso de la pretensión del Periodismo objetivista de ser un fiel reflejo de la realidad» (64); y por último, «la sacralización de la opinión» (p. 64).

Así las cosas, Galdón explica que la desinformación sustancial del Periodismo objetivista es el sustrato y base sobre la que se construye «La mirada manipuladora», título y contenido del capítulo 3 (pp. 73-124). Es manipulación la omisión de lo esencial positivo, el realce de lo accidental negativo, la absolutización de lo trivial, la doble moral y el doble discurso, y en ella también tiene amplia cabida la calumnia.

Ante la situación lamentable descrita magistralmente desde sus causas, se han producido reacciones académicas y profesionales que han tratado de «liberar al Periodismo del fardo del objetivismo» (Glaser, citado en p. 125). El capítulo 4 (Una mirada correctora insuficiente, pp. 125-151) realiza una breve síntesis comprensiva y actualizada de los principales y admirables intentos correctores que se han llevado a cabo en la historia del Periodismo (Periodismos interpretativo, de investigación, de precisión, cívico, Nuevo Periodismo, etc.) por una parte, pero en el análisis de fondo de esas miradas se detecta que hay carencias epistemológicas y teleológicas, por otra parte. No acaban de romper con el paradigma objetivista.

Es preciso salir del pozo del objetivismo. Y esta es la tarea ardua que acomete en la Segunda Parte («La mirada luminosa: infoética y retorno a la sabiduría», pp. 153-220) a través de dos capítulos. En el capítulo 5 (Conversión y regreso a la sabiduría, pp. 155-191) desarrolla seis miradas periodísticas realizadas bajo una concepción epistemológica y ética humanista. Se trata de «fuentes luminosas» de

una «verdad liberadora». Las de tres grandes del pensamiento católico del siglo xx: G.K. Chesterton, Juan Pablo II y Benedicto XVI. Y las de tres periodistas con mirada ética: Modesto Sánchez Ortiz, director de la *La Vanguardia* de 1888 a 1901; Luka Brajnovic, periodista croata y profesor y autor en 1976 del primer manual completo y sistemático de Ética informativa; y Ryszard Kapuscinsky (1932-2007), periodista polaco, Premio Príncipe de Asturias de Humanidades y Comunicación.

Estas páginas descubren la luminosidad de la mirada periodística ética y cristiana. Por ejemplo, la clarividencia de Joseph Ratziner al señalar que la naturaleza de la información no es solo técnica sino constitutivamente antropológica y ética y proponer una infoética. «También en el sector de la comunicación social están en juego dimensiones constitutivas del ser humano y su verdad (...). Más de uno piensa que es necesaria en este ámbito una «info-ética», así como existe la bio-ética en el campo de la medicina y de la investigación científica sobre la vida» (fragmento de su libro «Cooperadores de la verdad», citado por Galdón en las pp. 184-185).

De la mano de estos autores, Galdón nos introduce en los conceptos (éticos) de Periodismo y de información periodística, y da paso al capítulo 6 (Naturaleza ética del Periodismo, pp. 193-220), una pieza fundamental en el que aborda la finalidad, el objeto y la naturaleza de toda la actividad periodística e informativa. El verdadero sentido de toda información es el servicio al bien del hombre y de toda la sociedad. Para delimitar el bien personal y social, y la relación entre ambos, y para hacerlos posibles, hay que ahondar en la cuestión antropológica. Aquí el profesor

Galdón argumenta cómo las visiones objetivista, nihilista, materialista, panteísta, etcétera del hombre no hacen posible la información periodística, y sienta las bases de la mirada personalista. Por último, el Periodismo se revela como un saber práctico, no técnico, en el que no hay recetas concretas, ni modelos ejemplares únicos y cerrados.

El Periodismo es un saber prudencial que actúa sobre un espacio abierto, y a la prudencia, a esta virtud rectora, dedica unas páginas densas pero necesarias (pp. 209-220): «Por eso decía Aristóteles en su *Ética a Nicómaco* (1140b, 21-22) que «mientras que hay una excelencia del arte, no la hay de la prudencia». Y por eso, por decirlo de modo breve y sencillo, no hay una única forma de informar adecuadamente sino muchas» (p. 212).

La Tercera y última Parte («Verdad y amor en la mirada») consta de tres capítulos en los que desarrolla las adecuaciones y concreciones de su propuesta de Periodismo libre por fin de la carga objetivista.

Ese saber sobre la realidad que es el Periodismo se logra —como expone en el capítulo 7 (Saber sobre la realidad, según la jerarquía humana, pp. 223-256)— a través de una selección de contenidos guiada por unos criterios y que se apoya asimismo en un discernimiento de ámbitos que orienta el tratamiento cada realidad. Una y otra vez aparece la reflexión —parte de la prudencia— como necesidad primordial en la etapa del conocimiento de la realidad, y sin solución de continuidad se presenta la documentación, «factor del saber periodístico», a través de las funciones informativas que hace décadas descubrió y sistematizó el profesor Galdón.

Llegados a este punto, se puede decir que «ya el periodista tiene un saber verda-

dero y significativo; que posee una verdad que es buena» (p. 257). Esto es mucho, pero no es suficiente: hace falta que sepa comunicar la realidad. «La tarea comunicativa se convierte así en una reflexión para otra reflexión —en un saber para otro saber—», a la que dedica el capítulo 8 (Saber compartir el saber, pp. 257-290). En él explica la importancia de emplear el lenguaje apropiado. Eso sí, «como lo que se comunica es un saber, una reflexión sobre esa realidad, el lenguaje (oral o escrito) utilizado debe ser un lenguaje natural, personal, valorativo, principio de diálogo, y no un lenguaje anónimo, burocratizado y mecanicista» (p. 262).

Y hablar de lenguaje es hablar de «estructuras, cauces o vías discursivas», expresiones que prefiere a la de «géneros», a la que considera imbuida de las teorías redaccionales del objetivismo. Para el autor, «todos los modos discursivos que se han utilizado desde el inicio de los tiempos para explicar algo a alguien pueden ser, en principio, adecuados para la información periodística» (p. 264). Y añade: «Solo hace falta elegir prudentemente el mejor modo para cada tema, situación, medio y finalidad específica dentro del fin general de la comunicación» (p. 264).

Pues bien, como modelos de estructuras narrativas idóneas, basadas en el mejor Periodismo (no objetivista), el profesor Galdón expone las que siguen. Primero. El Periodismo narrativo, desarrollado en diversas épocas, por periodistas y escritores como son Larra, Dickens, Alarcón, Baroja, Azorín, Mauriac y Fernández Flores. Segundo. Las narraciones testimoniales, de vidas que no aparecen en los medios, cuyos «testimonios representan fidedigna y cabalmente una buena parte de esas verdades que es bueno comuni-

car porque son realidades humanas actuales cuyo conocimiento sirve para explicar lo que está pasando en el mundo, y es necesario para enriquecer nuestra libertad y solidaridad y para fortalecernos en la Esperanza» (p. 270). Tercero. Las columnas y artículos de fondo, pues cuando son realizadas desde el saber y con honradez intelectual, constituyen una estructura versátil capaz de enfoques amplios y profundos, pues la experiencia demuestra que «se puede obtener mayor y mejor información de las columnas diarias o semanales (...) que de los millones de noticias «objetivas» que aparecen diariamente en los medios» (p. 278).

Por último, el autor del libro ilumina la importancia del ingrediente de la documentación, bien como modo comunicativo específico, bien como necesaria o conveniente contextualización de los textos narrativos, testimoniales y argumentativos señalados.

Al principio de esta reseña, se indicó que esta obra interesará de manera particular a profesionales y académicos que busquen una concepción humanista cristiana del Periodismo. El capítulo 9 y último (Periodistas, medios y aventuras quijotescas, pp. 291-317) está pensado y escrito para ellos. Galdón desarrolla los requisitos para realizar el Periodismo católico. Por ello, explica cuál es la mirada del periodista católico y las fuentes de las que emana, por un lado, y expone la necesidad de que se constituyan medios informativos que permitan a ese periodista el desarrollo de su labor comunicativa, por otro lado. Y para que nadie desespere, como conclusión, nos dice que «es conveniente que entendamos esta «re-conversión» del Periodismo como una aventura quijotesca apasionante» (291).

Infoética: El periodismo liberado de lo políticamente correcto es un libro escrito con un estilo claro, personal y transparente. Resulta apasionante leerlo, porque es radical en su denuncia, esperanzado a la hora de dar soluciones y destila sabiduría adquirida a lo largo de cuatro décadas de lecturas, investigación y enseñanza del Periodismo.

Bernardino J. Cebrián Enrique
Universidad Cardenal Herrera-CEU,
CEU Universities